

EL CORTEJO FÚNEBRE MÁS TRISTE DEL MUNDO **(O LOS OJOS COMO EL MAR)**

Setenta y cinco años sin ti, ni un solo día sin tus poemas.

“Asómate a mi mar”

Del poema “Mar eterno”, de Miguel Hernández.

Alicante primeras horas del domingo de Ramos de 1942.

La ciudad huele a palmas; tejidas en caprichosas filigranas, engalanan los balcones. La fragancia del incienso quemado se enmaraña con el sahumero de los cirios que arden enlentecidos intramuros de los templos, inundando las naves sacramentales con un aroma beatífico que aviva las plegarias de los parroquianos que buscan sosiego del alma postrados frente a los altares. Es día de procesiones, de estreno de vestimentas... de lucimiento. Los redobles estruendosos de los tambores y las tonadas quejumbrosas de las cornetas avientan sentimientos que proclaman pasión y emociones que invitan al recogimiento. En las calles hierve la vida. Mas la muerte no descansa en festivo.

El ataúd -seis tablones de pino basto apuntillados con clavos oxidados- cabecea cuando la desvencijada tartana hunde las ruedas en alguno de los múltiples baches que laurean el terreno, embarrado e irregular. El carruaje es tirado por una mula cenceña, los párpados casi vencidos por tanta desidia acumulada, por tanta pesadumbre arrastrada... por tantos palos que curtieron el lomo y tanto vacío que enlucen las tripas. No son las nubes de plomo que enturbian el cielo las que enjalbegan de desolación los ojos sanguinos de la bestia, sino la rutina, pero sobre todo la mala sombra que se gasta el amo con ella. Camina el animal con un ritmo desbaratado, sin que tengan que marcarle la trocha, de vez en cuando ramoneando una brizna de hierbajos de entre las piedras, aunque sin detener el paso, que el látigo zahiere más que el hambre. El arriero, su rostro estragado por el desánimo, maldice entre dientes cada vez que da un tirón de las riendas, su glauca mirada

enturbiada por la espesa humareda de las colillas zarrapastrosas que fuma sin tregua, hebras de tabaco como zurcidas a los labios. Un perro importuna con sus ladridos de pellejos y huesos al cortejo fúnebre más triste del mundo, que transita por una senda mortuoria desnuda de cipreses como un espectro que busca angustiado una tumba en la que detener su vagar errante. Al paso del mismo, algunos campesinos que labran los bancales se incorporan y se quitan los sombreros en señal de respeto, quizá musitando una oración afónica.

Ya en el cementerio, el silencio es rotundo, solo cuestionado por algún hipido que se corta en seco. Vicente y Elvira, hermanos del difunto, y Miguel Abad Miró y Ricardo Fuente, compañeros de celda que fueron del finado, están frente al féretro, como una grey de plañideras sin lágrimas. Consuelo toma del brazo a su vecina Josefina Manresa, viuda del difunto, quien muestra los ojos enrojecidos de ira, el llanto ahogado en las entrañas, la rabia borboritando en las vísceras. Le hierve la sangre a la mujer cada vez que aflora en su mente el que no la dejasen pasar la noche velando el cuerpo alabastrino de su marido; el que le robasen la posibilidad de permanecer junto a él unas horas, tiempo que ella habría empleado en susurrarle una nana, para que marchase tranquilo, ella abrigando unas manos embalsamadas por el helor y cuajadas de caricias petrificadas que a Josefina le hubiese gustado sentir sobre su piel aunque fuesen como una mortaja de todo el amor que le tuvo el esposo. Solloza, las lágrimas resbalando por la garganta como un rosario de perlas de lava. Eleva la cabeza con dignidad, y orgullo, pero no con suficiencia. No necesita de poses fingidas para expresar cuan inmenso es el dolor que le desgarró el espíritu y le hace el ánimo jirones. A sus pies, la pena que siente parece desmenuzada, como las capas podridas de una cebolla sin nanas.

Cuando abren el ataúd, la conmoción acaudilla a los presentes. El cuerpo está amortajado con el pijama de la enfermería donde, en un sencillo catre, fue devorado por la tuberculosis. El viento aúlla, entrañando entre sus lamentos un verso que todos escuchan: “Asómate a mi mar”

El cadáver tiene abiertos, como enormes postigos a la vida, sus grandes ojos azules, el mar eterno de Miguel Hernández al que todos se asoman...

Inspirado en hechos reales.¹

1 *Don Juan Balbuena*